

Carta a un señor en Buenos Aires

Ignacio Trejo Fuentes



Mientras escribo esta carta tengo a mi lado la que usted me envió para pedir disculpas por los destrozos que sus conejos han hecho en el departamento que le presté en alquiler para hacer sus trabajos de traducción en tanto yo vivía aquí, en París. No se mortifique, no ha habido tales destrozos. Ni rompieron mi porcelana de Sèvres ni royeron mis alfombras ni mi asistente tiene que advertir que sus conejos duermen en su noche nocturna cuando ella labora.

Usted está instalado en la casa enorme de las afueras de Buenos Aires, esa ciudad donde se mete el polvo por todas partes pese al cuidado de sus habitantes, casa de donde usted no sale sino para recoger novedades de li-

teratura francesa, porque las rentas le llegan a usted y lo que cree que es su hermana (¡ese silencioso matrimonio de hermanos!). Esa casa, cuya parte amplia y profunda fue tomada, de pronto, mientras usted cebaba la pavita del mate. Sus conejitos no royeron mi porcelana ni mis alfombras: se comieron, de a poco, los sellos filatélicos que usted creía mostrarle a su hermana. ¡Ah, y los cinco mil pesos!

Me dice usted que había dejado de vomitar conejitos, y que cuando iba a instalarse en mi departamento le sobrevino la sensación de tener en la garganta uno, del tamaño de un conejito de chocolate, pero un conejo terso y vivo, totalmente un conejo. Y que el ¿vómito? continuó, incesante. Y que dejó de ir con sus amigos, aduciendo exceso de trabajo, para cuidar que sus conejos no destruyeran mi departamento. Recuérdelo —espero que no sea demasiado tarde—: usted está en esa casa, y su hermana no existe, no teje interminablemente haciendo puntos de cruz, ni deben preparar comida fiambre para pasar la noche en recámaras contiguas donde usted cree oír que de la garganta de ella surge una voz profunda, como de papagayo. No, ella no está a su lado (como jamás lo estuvo mi asistente en el departamento que, dice usted, le presté en alquiler mientras estoy en París), ni la hará usted salir apresurada dejando a la mitad el ovillo detrás de la puerta cancel. No deberá preocuparse porque lo encuentren despedazado junto con sus conejos antes de que los colegiales puedan darse cuenta.

Espero que no sea demasiado tarde, y tiraré esta carta a la alcantarilla, no sea que a un pobre diablo se le ocurra entrar a robar, a esa hora, y con la casa tomada por conejos.

Cortázar salvavidas

Hace muchos años leí una entrevista que alguien hizo a Julio Cortázar y que me sorprendió. No muchos la conocen, por lo que quiero compartir su esencia.

En alguna población de Estados Unidos, una joven decidió que su vida, la vida, no valía la pena; que era un desastre, una hecatombe, y determinó suicidarse. Astuta, para no alertar a su familia pidió a una de sus amigas que la dejara pasar esa noche en su casa. Fue aceptada, y tras la merienda le mostraron la recámara donde debía dormir. La chica, mientras esperaba que sus anfitriones se durmieran, tomó un libro que estaba sobre el buró y empezó a leer: era la edición en inglés de *Rayuela*. Siguió leyendo, embebida, y cuando se dio cuenta estaba amaneciendo. ¡Se le olvidó que debía matarse!

Para explicar su olvido consideró que los líos de Oliveira, la Maga, la señora que toca el piano sin público y la mayoría de los protagonistas de la obra sí eran serios, graves, y que los suyos eran nimiedades, por lo que reconsideró y supo que la vida valía la pena de ser vivida y disfrutada, que sus problemas eran nada comparados con los de otra gente, y se dispuso a seguir.

Le escribió una carta a Cortázar, mediante su editor norteamericano, para agradecerle haberle salvado la vida, y le confesó, de paso, que desde entonces era su lectora fiel, su admiradora; y él, su salvador.

Ignacio Trejo Fuentes



© Anne de Brunhoff

Paris, junio de 1976